

Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis de Rio de Janeiro 2017

Algunas observaciones sobre la neurosis infantil en el psicoanálisis de niños

Edgardo Feinsilber

Voy a dividir el trabajo en tres partes: cómo incidir en el análisis de un niño tomando en cuenta la primacía de las etapas libidinales, luego unas viñetas que van a ser muy familiares, para finalizar con algunas técnicas y sus posibilidades en la dirección de la cura.

La cuestión es: “psicoanalistas de niños”, ó “psicoanálisis con niños”, es decir cual es la posición del analista con el niño que viene a la consulta. La significación depende del sentido, y éste se liga a la interpretación. En el orden de la cura del que viene a tratarse, o lo traen, Freud decía que son necesarias cuatro condiciones: que le pase algo, que luche contra eso, que no pueda solo y que recurra al analista.

Si el sentido es el de lo inconsciente, lo que se hizo con palabras se disuelve con palabras. Ese es el sentido en nuestra praxis, al que hay que rasurar en la medida de lo posible, en la relación entre lo consciente y lo inconsciente.

El tema de la interpretación es complejo, pues conlleva a una posible exaltación, a una idealización, ya que tanto para Freud como para Lacan la interpretación es una traducción, es un grado y un estadio de la traducción. El problema es preguntarnos hasta donde en nuestra praxis se sostiene la posibilidad de la interpretación. Freud dividía entre interpretación y construcción, término que ha sido dejado de lado al confundir la conciencia con lo consciente.

Para Freud la interpretación era un signo de puntuación, en tanto que la construcción fue criticada como algo demasiado consciente y directivo. En realidad es algo que surge en el analista en relación a la significación, después de haber escuchado y audicionado palabras, fonemas y sonidos, de haber hecho junturas de figuras de dicción y/o retóricas, que conllevan un real efecto de sentido al posibilitar una orientación.

En este amplio campo, se trata de llegar a lo causante de una privación que llamamos síntoma, a la que el sujeto se refiere como un impedimento en su vida, que no puede evitar y que lo priva de otras satisfacciones. ¿Cómo esto se manifestará en los niños? No hay pasaje de las entrevistas preliminares, aún con niños, a la entrada en análisis si no hubo una cierta declaración de impotencia. Lacan llega a plantear que no es lo propio del analista y del análisis la interpretación, sino lo que llamó el forzaje, lo que implica una cierta libertad en cuanto a la articulación que lo produce; es la posibilidad de audicionar en el lenguaje un sentido nuevo, que lleva a que el analizante pueda desprenderse relativamente del síntoma para poder hacer en su vida otra cosa.

Lacan en una entrevista en Laussane en 1973 dice que hay una primera conformación del sentido en el niño que tiene que ver con lo que audiciona de la lengua materna, que no es la lengua que hablamos, no es el idioma, sino la manera en que la madre le habla al niño. Con laleos, balbuceos, eso es *lalangue*, lalengua. Lo que se elabora y germina como inconsciente en el sujeto es la consecuencia de esa audición, esa vocalización amorosa y libidinal de la madre hacia el niño, pues “he llamado lalengua a las pulsiones”. Si la pulsión es lo que surge de una zona erógena, lo oral, lo anal, lo fálico, lo escópico y lo sónico-invocante muestran el campo pulsional, en donde existen distintas determinaciones sonoras provocadas por esas lalenguas.

Se produce así el efecto de una polifonía, por lo que es una inconsecuencia pensar que el sentido es el resultado de una sola tendencia. M. Klein también lo sostenía afirmando que una tendencia anal podía expresarse oralmente.

Si el sentido de nuestra praxis tiene una consistencia, y hay un inconsciente que no tiene acceso a la conciencia, ¿cómo hacer para articularlos? Si la interpretación como traducción implica aportar un sentido al enigma del síntoma, la cuestión es cómo producir un desciframiento del síntoma tal que genere otro enigma. Esa es la problemática del forraje, cómo escuchar e intervenir ante las distintas manifestaciones pulsionales.

Un tema es pensar los contra-tiempos co-existentes de la individualidad balbuciente, en lo que Freud llamó la neurosis infantil, la manera de articular los primeros tiempos de la primacía libidinal oral y anal que preparan la dimensión fálica, caracterizados por los miedos y las mentiras.

La mentira implicada en un dicho para que el Otro primordial lo crea, es sólo una parte de lo verdadero. Así se intenta una distancia entre yo y el otro, mas en cuanto es no-toda, si cuando miente dice la verdad, cuando dice verdaderamente miente. La cuestión es que por su indefensión, el niño no soporta la distancia con el otro, lo que se acompaña con la cuestión de los miedos. Entonces se hace descubrir, por eso decimos que las mentiras no perduran. Por su lado los miedos implican lo que Freud llamó el S.O.S. infantil, miedo a la soledad, a la oscuridad y al silencio. Y a los pequeños animales. En esto se piensa que la angustia es sin objeto y el miedo es con objeto. Lacan lo plantea al revés, la angustia es con objeto siendo previa a su cesión, y el miedo es sin objeto, es un miedo del miedo.

Entonces quiero hablar de este tiempo que es el pasaje de lo oral y lo anal a lo fálico, el drama de tener que dar lo que no se tiene.

Como apólogo, les relataré unas historias. Freud había hablado de su nieto con el juego del carretel, para diferenciar en las satisfacciones, el goce de lo que llamamos el placer (*Lust*). Y de su hija para entender en los sueños la función del nombre propio. Lacan incluyó un recuerdo de su pequeña hermana Mannene para situar el lugar del saber entre la lengua y el Otro. Y de su nieto Luc a quien las palabras que no entendía le agrandaban la cabeza, para dar cuenta de la alienación constitutiva.

Por mi parte voy a comentar unos decires de mi nieto León para dar cuenta de otras implicancias del tiempo de la neurosis infantil.

Tenía que llevar a mi nieto de tres años a la pileta, y al verlo serio le pregunto: “-¿Qué te pasa?” Me responde que no quiere ir a la pileta. Le pregunto la razón y me dice que tiene miedo. “-¿De qué tenés miedo? -Porque tiene olas.” Entonces le contesto que habíamos estado en el mar, donde había olas, pero que en la pileta no hay olas. Continúa: “-Ahhh,... pero no quiero ir a la pileta. -¿Por qué no querés ir a la pileta? -Porque tengo miedo -¿Y por qué tenes miedo? -Porque tiene olas. -Habíamos dicho que no hay olas en la pileta. -Ahh,... pero no quiero ir a la pileta. -¿Y por qué no querés ir a la pileta? -Porque tengo miedo. -¿Y de que tenés miedo? -No sé”.

Vemos entonces que el conocimiento no es el saber. ¿De quién es el saber?

Lo voy a buscar al jardín y le pregunto: “-¿Cómo te fue hoy? - Un poco bien y un poco mal. -¿Qué te pasó? -Me retó la señorita. -Si te retó la señorita, algo debe haber pasado. -No sé. No me sabo”. Que el saber lo tiene el otro implica un avance en cuanto al Otro abstracto del estadio oral. Una cosa es: “yo no sé por qué tengo miedo” y otra es: “ella sabe por qué me porté mal”.

A la semana lo voy a buscar de nuevo y le pregunto: “-¿como te fue hoy? -Mal, muy mal ¿Y qué pasó? -Yo estaba jugando con mis amigos y vino la maestra y nos dijo que nos estábamos portando mal, y yo no se lo que me pasó, me puso tan mal que me dijera eso, que entonces todo lo tenía que hacer mal, mal, mal, mal.”

Yo no entendía nada de esto, así que le pregunto a un amigo que tiene un nieto de la edad del mío, y me dice que tiene que ver con el nombre. Entonces ese ‘mal’ es el nombre propio. Si el Otro es el que sabe, y me lo hago decir, si mi nombre es portarme mal, entonces si el otro me nombra, realizo el nombre. Lo enseñó Lacan muchos años más adelante formulando: “En el análisis se trata de volver a hacer entrar el nombre propio en lo que tiene de nombre común”.

Es decir, si primero el nombre es una manera de singularizar el objeto, nene, gato, mesa, todos son sujetos sujetados, es la consecuencia de la necesaria existencia del Otro. Hay un segundo tiempo que es el del nombre propio, que ya no se predica. Tomamos en cuenta que ciertas certezas consolidadas en los síntomas tienen que ver con la instancia del nombre propio. Se trata de volver a hacer entrar en lo que tiene de nombre común, para desplazar la dimensión significativa del síntoma.

Yo le comenté esto a una amiga y me refirió un caso: estando de visita, en la casa hay un niño de unos tres años, y le pregunta: “¿Cómo te llamas? Gonzalo-Tadeo-Qué-Hiciste”.

Me pareció ejemplificar la articulación del nombre propio con una acción.

Otra vez llevo a mi nieto a hacer una compra, entonces el vendedor para entretenerlo le empieza a hacer preguntas, un señor mayor de edad, por ahí pasado de lógica: “-¿Vos vas a bailar? Se queda pensando, no logra responderle. -¿Vos tenés novia? Sigue pensando y contesta: “Si”. -Ah, ¿Y como se llama? -Mi mamá”. Digamos que ese inocente es incauto de la entrada en un conflicto.

Lacan sostiene que la muerte del padre es todo de lo que se ocupa el psicoanálisis. Si pensamos las dimensiones del padre, hay al menos tres en Freud: el padre del goce, que es el de Tótem y Tabú, el padre de la ley que es el padre del Edipo, y el padre del Moisés, que articula ley y goce. En Lacan tenemos también tres dimensiones de padre: el padre imaginario que es el padre privador, padre del goce; el padre simbólico que es el padre muerto, un numeral -tenemos en cuenta que cuando hablamos de padre, no hablamos de papá; padre es una conjunción de madre y padre, es lo parental. Y el padre real, que es el padre de la castración. Freud parte de la identificación primaria, la enigmática identificación-amor al padre antes de toda relación libidinal de objeto. Lacan en *Radiofonía* planteó una cuestión que nos deja un problema en nuestra clínica, al ligarlo al bíblico ‘Manto de Noé’, en cuanto a la prohibición de ver la desnudez del padre. Entonces enseña:

“Tengo por interdicto hablar del padre real cuando el padre es imaginario”. ¿Cómo hacemos para hablar del padre, no siendo el papá? Partiendo de sus enseñanzas, propongo tres dimensiones: el padre de la inconsistencia, que es el padre al que el sujeto encuentra en sus faltas, que brinda los elementos para construir el síntoma; el padre de la consistencia, que permite ir más allá de la castración imaginaria; y el padre de la nominación, que es el que permite hacer con eso otra cosa.

Freud había tenido algunos niños en análisis, ¿cuál era la técnica freudiana? Subrayemos algunas de sus propuestas. Proponía un esclarecimiento, la *Aufklärung*, en equivalencia con lo que en Lacan llamamos lo Real, es decir lo imposible. ¿Qué era lo imposible para Freud? La muerte y la sexualidad. ¿Cómo hacer para hablarle a un niño de la muerte y de la sexualidad? Recordemos el caso de Freud en *La Interpretación de los sueños*, cuando le dicen a un niño que el papá había muerto pero que está en el cielo cuidándolo, y el niño responde: “yo entiendo que papá esté muerto, que esté en el cielo, lo que no entiendo es ¿por qué no viene a cenar todas las noches conmigo?” En ello iba a lo esencial, había que referirle lo que no podía saber si no se les hablaba; como Lacan recordaba a La Rochefoucauld quien sostenía: “Si no me hubieran hablado del amor, nunca hubiera sabido del amor”, tomándolo como modelo. Luego ¿qué había que aclararles?

Freud en *El Caso Hans* propone que hay que hablarles del órgano sexual femenino y del coito en su relación con el nacimiento, y después en *Tres Ensayos...* lo modifica, hay que hablarles de la vagina y de la función fecundante del espermatozoide. ¿Cómo llevar adelante esto, desde la premisa universal del pene? En tanto primado del falo: todos tiene pene.

La segunda proposición de Freud es que en tanto los niños no son adultos pero se trata de poder asociar, les pedía que cierren los ojos, asociar cerrando los ojos y decir lo que ven. La tercera es la plática con los cuentos, es decir parlotear con un niño y contarle cuentos. Así relata que un púber de doce años traía una miga de pan con la que hacía muñequitos, les ponía la cabeza, los brazos, las piernas, y después hacía un apéndice; una sesión observa que para disimular había hecho muchos apéndices, a lo que Freud responde contándole una historia, en la que comete un lapsus. Le recuerda que en Italia el último Rey fue Tarquino el Antiguo, que tenía un hijo que se llamaba Tarquino el Soberbio; como tenía problemas políticos, envió a su hijo a otra ciudad. Éste le envía un informante al padre pidiéndole instrucciones. El padre sin decir palabra lleva al mensajero al jardín y de un enorme árbol de adormidera –de cuyas cápsulas se extrae el opio- arranca las cabezas más nuevas y floridas del árbol. Cuando el hijo recibe el informe entiende que tiene que mandar a cortar la cabeza de toda la gente importante de la ciudad y así logran dominarla. El lapsus de Freud fue llamar al padre con el nombre del hijo. Cuando estaba relatándole que había mandado a cortarles la cabeza, el joven en un movimiento arranca el apéndice a su hombrecito, con lo que entiende que a partir de esa comunicación, debía ir al centro de la cuestión.

La cuarta es que le relaten sueños. La quinta son los juegos, quizás la más conocida, la que entendemos que en un análisis se juega con algo, y no a algo. La dirección del juego está a cargo del analista, jugar con los objetos, no es 'jugar a', no es quién gana al terminar el partido, sino que se juega con los objetos. Esto hace a una cuestión muy importante que plantea Lacan en un seminario: ¿por qué tardó tanto Hamlet en realizar la venganza que le demandaba el *fantome* de su padre? Algunos lo entienden debido a su obsesividad; Lacan propone como causa la falta de un imaginario anticipatorio -recuerden que Hamlet contrata a una compañía de artistas para que representaran la obra que él escribió-. Entonces va a decir que se trata de los tres tiempos a considerar. En primer lugar el mundo, saber dónde está el niño, quién es, quienes son los que lo rodean; en segundo lugar la escena en el mundo, es decir qué es lo que lo preocupa, qué es lo que lo tiene tomado; la tercera es, al estilo de Hamlet, la escena sobre la escena, eso es lo que se llama el montaje necesario para acceder a la interpretación. Entonces se trata de no precipitarnos con el sentido de la escena del mundo, sino pensar que se necesita una escena sobre la escena, para poder acceder al sentido singular. La sexta son las entrevistas con los padres, pues Freud entendía que se tenía que ser analista con los padres y no de los padres. Hay algo del orden de lo analítico a jugarse con los padres. El anteúltimo es sostener el lugar padre; como lo decía Lacan, es necesario que el analista tenga tetas, y que en su decir no se precipite. Que tiene que tener algo erógeno que implique la dimensión de lo oral, de la chupada, de la expulsión y de la *revery* como dicen los ingleses; por lo que un análisis se sostiene si el analista decide levantar su opción: la del deseo del analista para dar la posibilidad de la continuación del análisis. Y por último, tener en cuenta el inicio de análisis: ¿qué era para Freud lo que posibilitaba un inicio de análisis? Por un lado un cierto sentimiento de culpa, en lo que se centraba Anna Freud: hacer sentir al niño culpable, -lo que entendemos de otra manera en tanto *Gewissen*-conciencia moral-; por otro la necesidad de sentirse en falta, que no es una cuestión de déficit orgánico, sino de por qué había una necesidad de mantener esa privación que implica el síntoma. Así hay que discriminar en qué consiste la inhibición, si es una mera dificultad en el desarrollo de una función yoica, o si, como la entendía Lacan, que detrás de un deseo hay otro deseo, un contra-deseo, pues la inhibición es la existencia de un deseo que taponar la posibilidad de la realización de otro deseo. Por eso la inhibición es un síntoma puesto en el museo. Freud decía que tenía que mostrar inequívocos síntomas neuróticos: un desarrollo conflictivo del carácter, manifestar angustias, fobias, inapetencia, insomnio o miedos.

Así si la demanda oral es la de ser alimentado, siendo su complemento la demanda del Otro abstracto, el *Autre-on*, por lo que es sexual, canibalística, que desemboca en una unión de los cuerpos, implica prudencia en su interpretación. Más es en la etapa anal donde el Otro pasa a tener la dominancia en la demanda: "Dame tu linda caquita", para finalmente acceder a lo fálico de dar lo que no se tiene al que no lo es, en el cumplimiento del amor.
